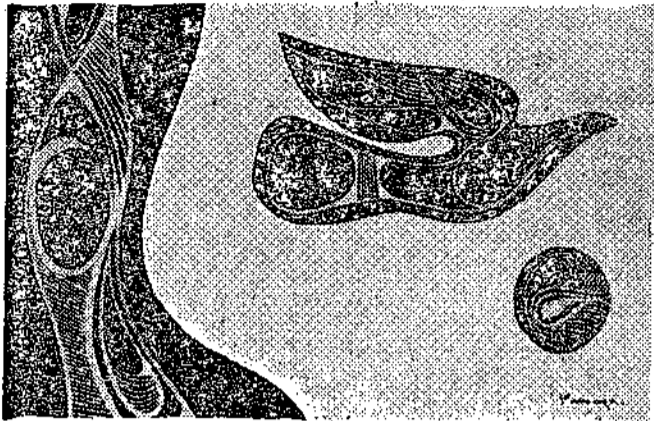


EXPOSICIONES

Párraga, en la sala ZERO

Hablar por nuestra parte de la labor artística de Párraga nos conducirá sin remedio a la reiteración. Porque mucho llevamos dicho ya, por obligación crítica, de su arte con motivo de las exposiciones que lleva celebradas en nuestra ciudad. Y porque ese arte suyo se mantiene invariablemente dentro de una línea personal e inalterable, en la que ni siquiera es novedad el progreso técnico, porque éste viene siendo también la nota acostumbrada de sus exposiciones.



Párraga es, ante todo, un dibujante por instinto. De

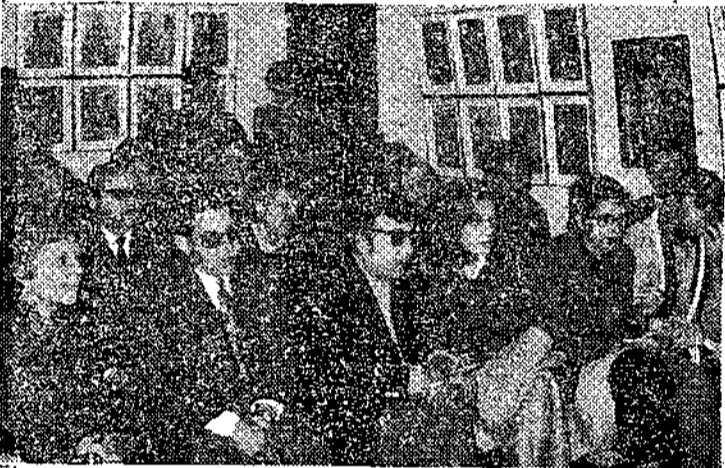
aquí su extraordinaria facilidad para resolver problemas de composición; incluso cuando —ayudado ya por el complemento cromático— se introduce en el campo de la abstracción. Tanto de sus dibujos a tinta, con el trazo firme y fluido que los singulariza, como de los estudios de color, que ha sido la pre-ocupación artística más honda de Párraga en estos últimos años, se ofrecen abundantes ejemplos en esta interesante muestra que ahora celebra en la sala Zero.

La pericia en el dibujo —que él mismo considera "la armadura, el esqueleto en todo pintor"— y el dominio de una técnica de calidades cromáticas por laboriosas transparencias, han hecho de Párraga ese Pintor, con la mayúscula que permite su personalidad creadora indiscutible.

Porque este artista murciano, que empezó su carrera asido casi por completo a la mano inspiradora de la obra picassiana, ha conseguido superar influencias, para expresarse con un lenguaje plástico absolutamente personal. Hasta el punto de que si hubiéramos de señalar un indicio de genialidad entre los pintores murcianos de nuestros días tal vez sería el nombre de Párraga el primero que, sin vacilar, acudiría a nuestra memoria. Por su estilo inconfundible, auténticamente sincero y propio, que, sobre la base de una figuración rayana a veces en el informalismo, supera siempre el mero relato gráfico, la simple anécdota, para impresionar profundamente al espectador con mensajes doloridos, o desconcertantes, o melancólicamente gratos. Y siempre como consecuencia de una aguda observación y de una sensibilidad que hace delicados hasta los temas más escabrosos. Un arte, en fin, que gana en armonía cuanto aumenta en deformaciones estructurales, para reflejar a una Humanidad entrañamente, idealizada con la ruptura de sus proporciones, hasta quedar convertida en personajes de Párraga, en criaturas de su mundo artístico.

C. M.

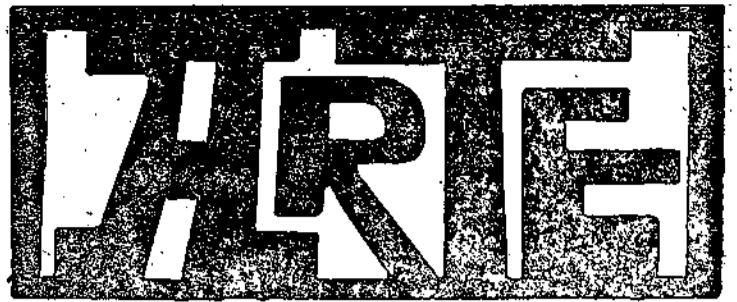
Coloquio con Andrés Conejo, sobre su obra pictórica, en la sala ZERO de nuestra capital



Ha tenido lugar una interesante reunión en la sala Zero de nuestra capital, con motivo de la clausura de la exposición de pintura que Andrés Conejo ha celebrado recientemente.

En el coloquio abierto que tuvo lugar se reunieron en torno al pintor destacados artistas, críticos de arte y personas vinculadas al mundo de la pintura, que comenzaron su rueda de preguntas tras las palabras de presentación.

Advertisement for the film 'EL SEÑORITO Y LAS SEDUCTORAS' by Rex Murcia. It features the title in large stylized letters, the name 'Rex MURCIA' in a script font, and 'Empresa M. Iniesta Martínez'. Below, it says 'A PARTIR DE MAÑANA, LUNES, DIA 18 DE ENERO ESTRENO EN MURCIA de la divertidísima cine-comedia'. The title 'EL SEÑORITO Y LAS SEDUCTORAS' is repeated in bold letters. There is a central illustration of a man's face surrounded by women. At the bottom, it lists the cast: 'con ARTURO FERNANDEZ, MARISA PAREDES, MANOLO GÓMEZ BUR, ALICIA TOMAS, ROSANA YANNY, INGRID GARBO'. It also mentions 'director TITO FERNANDEZ' and 'EASTMANCOLOR TECHNISCOPÉ'. A small note says 'Una película dinámica y moderna, desenfadada y picaresca, que les garantiza noventa minutos del más agradable esparcimiento'. At the bottom, it lists showtimes: 'Horario de pases: 4, 5,35, 7,25, 9,15 y 11,05; película 11,20'.



UNA PAGINA DE CAYETANO MOLINA

Anecdótico para meditar



Ráfagas biográficas de artistas famosos

La facultad extraordinaria de crear supone un privilegio. Los artistas son seres privilegiados en tal sentido, tal como lo expuso el pintor Gauguin. "Creo que el arte —dijo— nace de una fuente divina y vive en el corazón de los hombres que han sido tocados por su luz celeste". Un singular privilegio creador, porque, al decir de Leonardo de Vinci, "si un pintor desea ver la belleza que le interesa, tiene la facultad de crearla; si quiere contemplar cosas grotescas, risibles o francamente patéticas, también tiene poder para hacerlo... Puede dar vida en su cerebro y forma en sus manos a cuanto existe en el mundo, tanto en la realidad como en la fantasía".

Pero, por dramática paradoja, el ser privilegiado que es el artista no pasa siempre por el mundo con una vida de privilegio. Precisamente, la más amarga realidad suele coincidir con los nombres que escribieron las más brillantes páginas en la historia del arte; artistas que arrastraron una vida miserable hasta morir en la miseria algunas veces, para dejar obras despreciadas que habrán de admirar a futuras generaciones y alcanzarán precios fabulosos. Esta amarga realidad que acecha frecuentemente a las figuras estelares del arte podría resultar aleccionadora en el momento de valorar la obra de un nuevo artista. Sobre todo para evitar el símil jurídico de que la obra nueva que se desestima en la incomprendida apreciación de un juzgador triunfe luego plenamente, en el recurso inevitable ante el tribunal supremo de la posteridad. Para meditar sobre tan aleccionadora circunstancia, vamos a resumir una serie de anécdotas desconcertantes en la vida de artistas famosos, que hoy son figuras cimeras para la pintura universal moderna.

Iniciamos estas anécdotas con la complicada vida del pintor norteamericano James Whistler, nacido en el año 1834. En principio, para poder subsistir, se dedicó a hacer copias en el Louvre. Todo en su vida fueron contradicciones hasta que, casi al medio siglo de existencia, empezó a ceder la adversidad y el triunfo profesional se le ofreció de un modo precipitado y absoluto.

Quizás uno de los episodios más lamentables en la azarosa vida de Whistler fue el despiadado ataque que sufrió del más prestigioso crítico de su época, el inglés John Ruskin. Pasaba el pintor momentos de verdadero agobio económico. Su madre, gravemente enferma, no podía pagar a los acreedores; iba a perder su casa, y hasta los muebles le habían sido embargados. Whistler necesitaba urgentemente dinero para salvar la situación, lo que le hizo malbaratar los que hoy se consideran sus mejores cuadros.

En tan críticas circunstancias se publicó un artículo de Ruskin criticando la última exposición de Whistler y el precio puesto por el pintor al cuadro titulado "Nocturno", de este modo: "He conocido muchos casos de osadía; pero nunca esperé que un mequetrefe se atreviese a pedir 200 guineas por tirarle al público una lata de pintura a la cara".

En verdad que esta crítica superaba los límites de la difamación. Whistler presentó la denuncia y tuvo lugar uno de los procesos más famosos de la historia del arte. Un juicio que se desarrolló como si de una farsa se tratase, donde el pintor fue tratado como un charlatán de feria, entre risas de los asistentes.

En ese proceso, al ser preguntado Whistler cuánto tiempo empleó para pintar el cuadro que había sido objeto del comentario de Ruskin, confesó sinceramente:

—Gracias a un momento de inspiración, menos de dos días.

El juez —que poco entendía, por lo visto, de valorar una obra de arte sólo por el resultado— no pudo reprimir su indignada sorpresa:

—¿Y pide usted 200 guineas por trabajar menos de dos días?

El jolgorio de los concurrentes fue un eco de desprecio público para la dignidad del artista. Aunque, sin embargo, el tribunal condenó por difamación a Ruskin, fue la suya una justicia tan injuriosa como la del crítico, pues la indemnización que se concedió al pintor en concepto de daños y perjuicios fue de un cuarto de penique! Cuya sentencia venía de este modo a ratificar el bajo concepto que todos tenían de la pintura de Whistler.

Las consecuencias económicas de este proceso fueron catastróficas. Los acreedores, al divulgarse la infima consideración que el arte de Whistler había inspirado a la Justicia, le apremiaron para que pagase sus deudas inmediatamente. Embargaron sus cuadros y tuvo que pedir prestado lo suficiente para trasladarse a donde le esperaba su madre, enferma. Pero ante ella, sacando fuerzas de su propia desdicha, se presentó alegremente y le hizo creer que su éxito profesional estaba ya asegurado. Una mentira piadosa que, con el tiempo, llegaría con creces a ser verdad. Porque Whistler murió colmado de condecoraciones y medallas, disputado como retratista por la alta sociedad inglesa y distinguido con el respetable cargo de presidente de la Sociedad de Artistas Británicos.